

ANTONIO COLINAS, *MEMORIAS DEL ESTANQUE*, MADRID, SIRUELA, 2016, 400 pp.

[ARTÍCULO-RESEÑA: LA MEMORIA DESVELADA DE UNA VIDA PLENA]

RAFAEL SANTIAGO CÓRDOBA

En *Memorias del estanque*, libro que vio la luz en 2016, Colinas hace recuento de toda una vida dedicada a la poesía y a la cultura desde que, en la lejanía de las tierras cordobesas, surgiera en la adolescencia su vocación poética, tal y como nos lo relataba en su novela iniciática *Un año en el sur* (1985). En sus páginas Colinas va desgranando una vida intensa y plena sirviéndose para ello del recurso del diálogo con un estanque que le sirve para «desvelar la memoria», como ya hiciera el Machado simbolista de *Soledades*, que dialogaba con «la fuente» o «la tarde» para bucear en el pasado de su infancia o en los recovecos, en las «galerías», del alma.

La lectura de estas memorias hace patente, como ya hemos apuntado, que la poesía ha sido en Colinas una vocación a la que se ha dedicado plenamente. Vocación sí, pero también esfuerzo, mucho esfuerzo, no siempre suficientemente reconocido; pues, como muy bien dice en estas páginas, una cosa es la literatura y

la cultura y otra cosa, el mundo literario, el mundo de la cultura, en los que a veces, tal vez muchas veces, se «ponen palos en las ruedas». Encontramos así algunos ejemplos de estos casos en los que han intentado entorpecer su dedicación a los libros, aunque Colinas los saque a la luz de forma muy discreta, sin dar nombres. Y aquí se podría hablar, entre otros casos, de cómo se cortaron sus colaboraciones en *El País*, de cómo surgió el poema «La mordaza» o de la maledicencia literaria y las intrigas salmantinas a su llegada a la ciudad.

Sobresale también en este libro la importancia que en su vida ha tenido el espacio. Cualquier hecho que se relata está relacionado con un espacio que no es un simple marco circunstancial. Si vida y cultura están íntimamente relacionadas, vida y espacio no lo están menos. Son muchos los espacios en los que se detiene Colinas, pero destacan sobre todo La Bañeza, el espacio de las raíces, de la infan-

cia; Córdoba, espacio de la adolescencia y del surgimiento de su vocación; por supuesto, Italia e Ibiza, hay mucha Ibiza. Y Salamanca, Madrid, París, China, Grecia, India... y bastantes otros que han dejado profunda huella en su peripecia vital y en su obra.

Las páginas de estas *Memorias del estanque* abundan en nombres del mundo de la cultura (escritores, pintores, músicos...), reflejo de una vida muy rica e intensa culturalmente, pero compatible con el gusto por la cultura popular y muy preocupada además por la conservación del medioambiente. Hay en este libro mucha *vida interior*, lo que lo hace denso, pero no de difícil lectura o aburrido, sino todo lo contrario, de lectura fácil y entretenida. A ello contribuye el que junto a toda esa *vida interior* intensa también queda reflejada una *vida exterior*, tal vez no tan intensa, pero desde luego sí atractiva, rica, y algunas veces sorprendente. Para ello, unas veces nos deja caer alguna anécdota (la del instructor militar cesado a la semana, por ejemplo), alguna aventurilla juvenil (autostopista de Londres a Barcelona), nos hace alguna que otra simpática confianza banal del mundo literario o de los que lo rodean (Neruda casi pierde el avión por volver a la habitación del hotel en busca de una rosa roja para regalar a María José, su mujer) o algún que otro comentario o hecho que aligera el contenido (lo que puede deber el éxito de su traducción del ensayo *Sthendal* de Lampedusa a Claudia Cardinale). Encontramos además en el libro algunos pasajes muy emotivos que pueden emocionar al lector sensible, como cuando habla de sus padres y de lo que a ellos les debe o cuando desgraciadamente sucedió la muerte de su hijo o tam-

bién cuando se refiere al nacimiento de un amor: el del propio poeta con su mujer.

El libro, por otra parte, es todo un tratado no explícito de teoría poética personal, de su concepción de la poesía y el arte. Nos habla de la unidad y la dualidad del ser, de los símbolos, de la necesidad de que los motivos culturales del poema nazcan de una realidad vivida y no sean mero culturalismo, del influjo oriental, de la «brecha» a una segunda realidad, de la poesía como *vía de conocimiento*, de lo *místico*, de la importancia de lo astral, del firmamento y la noche, de la plenitud del ser, de *la nada plena*, de la poesía que *sana y salva*...

Además, a lo largo del libro, vamos conociendo cómo se gestaron o qué hecho motivó la escritura de algunos poemas o de alguno de sus libros. También se nos da cuenta de la importancia que puede tener en la vida de un autor la concesión de los premios literarios y de algunos de los entresijos que los rodean. No debemos olvidarnos tampoco de algunas de las citas que a veces trae con gran acierto al hilo de algún comentario o recuerdo (Lope, por ejemplo: «Al amar se entra por la puerta del deseo en el templo de la razón»), ni de sus reflexiones sobre el gusto de los lectores o sobre algunos errores interpretativos que se han cometido con su propia obra, ni de la importancia que concede a los maestros olvidados (en su caso, Aleixandre o María Zambrano entre otros) a los que nuestra sociedad ha relegado en muchos casos.

Estas memorias, este *viaje interior*, se complementa con una serie de aforismos, en la línea de los que aparecen en sus *Tratados de armonía*, que ahondan en el carácter reflexivo, meditativo, que «respira»

su obra y que, en ocasiones, nos permiten también a nosotros lectores «crear el instante infinito», «abismarnos en el instante de sentir la infinitud».

Cierra *Memorias del estanque* el círculo de toda una vida dedicada a la poesía

en el momento en que Colinas se va acercando, como decía Hölderlin, a ese «tiempo de la tranquilidad y de la oración», o de la meditación, que le permite mirar hacia atrás con la satisfacción de haber vivido y de vivir, de «respirar», en el silencio de la palabra.